

LA FACETA MÁS ROMÁNTICA DE
REBECCA YARROS
AUTORA DE LA SERIE EMPÍREO

EL AMOR QUE DEJAMOS ATRÁS



VUELVE A CREER EN EL AMOR

 Planeta

REBECCA YARROS

EL AMOR QUE
DEJAMOS ATRÁS

CAPÍTULO UNO

Georgia

Mi queridísimo Jameson:

Este no es nuestro final. Mi corazón siempre permanecerá contigo sin importar dónde estés. El tiempo y la distancia son solo inconvenientes para un amor como el nuestro. Ya sean días, meses, o incluso años, esperaré. Esperaremos. Me encontrarás en donde el arroyo forma una curva alrededor de los álamos que se mecen, así como lo soñamos, te esperaré con el ser al que amamos. Me mata dejarte, pero lo haré por ti. Nos mantendré seguros. Te aguardaré cada segundo, cada hora, cada día durante el resto de mi vida, y si eso no es suficiente, entonces en la eternidad, que es exactamente hasta donde te amaré, Jameson.

Vuelve a mí, amor.

Scarlett

«Georgia Ellsworth». Pasé el pulgar con fuerza sobre mi tarjeta de crédito, deseando borrar las letras. Seis años de matrimonio, y con lo único que me marchaba era con un apellido que ni siquiera era mío.

En unos minutos tampoco tendría ni eso.

—¿Número noventa y ocho? —llamó Juliet Sinclair desde el

otro lado de la ventanilla de acrílico, como si no fuera yo la única persona en el Departamento de Vehículos de Motor de Poplar Grove y no hubiera estado ahí esperando durante la última hora.

Esta mañana había tomado un avión a Denver, manejé toda la tarde y aún no había llegado a casa, así de desesperada me sentía por deshacerme de los últimos rastros de Damian en mi vida. Con suerte, al deshacerme de su apellido me dolería menos perderlo a él y seis años de mi vida.

—Yo —respondí mientras guardaba mi tarjeta de crédito y me acercaba a la ventanilla.

—¿Dónde está tu turno? —preguntó extendiendo la mano y esbozando una sonrisa de superioridad y satisfacción que no había cambiado desde la preparatoria.

—Soy la única aquí, Juliet.

El agotamiento se había apoderado de cada nervio de mi cuerpo. Si tan solo pudiera terminar con esto, me acurrucaría en ese enorme sillón en la oficina de mi bisabuela, Gran, e ignoraría al mundo el resto de mi vida.

—La política dice...

—Basta, Juliet. —Sophie puso los ojos en blanco y se paró tras la ventanilla—. De cualquier forma, yo tengo los papeles de Georgia. Ve a tomar un descanso.

—Bien. —Juliet se apartó del mostrador y dejó libre el asiento para Sophie, quien se había graduado un año antes que nosotras.

—Qué gusto verte, Georgia —dijo, dirigiéndome una sonrisa demasiado amable.

—Igualmente —respondí, con la sonrisa que había practicado y me había permitido mantenerme en pie los últimos años mientras todo se desmoronaba a mi alrededor.

—Lo siento —se disculpó, avergonzada, al tiempo que arrugaba la nariz y se ajustaba los lentes—. Ella... Bueno, no ha cambiado mucho. En fin, parece que todo está en orden.

Me devolvió los papeles que mi abogado me había dado ayer en la tarde con mi nueva tarjeta del seguro social y los metí en el sobre. Era irónico que mientras mi vida se caía a pedazos, la manifestación física de esa disolución se mantenía unida por una grapa perfecta en cuarenta y cinco grados.

—No leí el acuerdo —añadió en voz baja.

—¡Salió en *Celebrity Weekly*! —canturreó Juliet, que estaba al fondo.

—¡No todos leemos esa basura sensacionalista! —repuso Sophie sobre su hombro; luego me ofreció una sonrisa empática—. Todos aquí estábamos muy orgullosos de la dignidad que mostraste durante... todo.

—Gracias, Sophie —respondí, tragándome el nudo que tenía en la garganta.

Lo único peor que fracasar en un matrimonio que todo el mundo me desaconsejó era que mi sufrimiento y humillación se publicaran en todos los sitios web y revistas que alimentaban a los amantes de los chismes, esos que devoraban las tragedias personales en nombre de un placer culposo. Durante los últimos seis meses mantuve la cabeza erguida y la boca cerrada mientras las cámaras acribillaban mi rostro, y esa fue precisamente la razón por la que me gané el apodo de la Reina de Hielo; sin embargo, si ese era el precio a pagar para conservar lo que me quedaba de dignidad, que así fuera.

—Entonces, ¿debo decir bienvenida a casa o solo estás de visita? —preguntó al tiempo que me entregaba un pequeño papel impreso que me serviría como licencia de manejo temporal hasta que la nueva me llegara por correo.

—Regresé para quedarme.

Mi respuesta hubiera podido transmitirse en la estación de radio; Juliet se aseguraría de que todo el mundo en Poplar Grove lo supiera antes de la cena.

—Bueno, ¡pues bienvenida a casa! —Esbozó una gran sonrisa—. Dicen que tu mamá también está en el pueblo.

El estómago me dio un vuelco.

—¿En serio? Yo... mmm... todavía no llego a casa.

«Dicen» significaba que habían visto a mamá en alguno de los dos supermercados o en el bar local. Esto último era lo más probable. Pero claro, quizá era una buena...

«No termines esa frase».

Incluso solo pensar que mamá podía estar aquí para ayudarme, podía implicar una decepción. Algo quería.

Carraspeé.

—¿Cómo está tu papá?

—¡Bien! Al parecer, por fin está fuera de peligro. —Su rostro se ensombreció—. En verdad lamento lo que te sucedió, Georgia. Si mi esposo... no puedo ni imaginarlo —Negó con la cabeza—. En fin, no te merecías eso.

—Gracias —respondí al tiempo que aparté la mirada al advertir su anillo de bodas—. Saluda a Dan de mi parte.

—Lo haré.

Salí a la luz de la tarde que iluminaba la calle Main con un brillo reconfortante y evocador, como una pintura de Rockwell y suspiré aliviada. Había recuperado mi nombre y el pueblo tenía el aspecto que recordaba. Las familias se paseaban y disfrutaban el verano, y los amigos platicaban con la pintoresca montaña rocosa al fondo. La población de Poplar Grove era más pequeña que su altitud, lo suficientemente grande para necesitar media docena de semáforos y tan unida que la privacidad era un lujo raro. Ah, y teníamos una librería excelente; Gran se había encargado de ella.

Aventé los papeles en el asiento del copiloto de mi coche rentado y me detuve un momento. Era probable que mamá estuviera en casa ahora; nunca le pedí que me devolviera la llave

después del funeral. De pronto, ya no tenía tantas ganas de regresar a casa. Los últimos meses habían agotado mi compasión, mi fuerza, e incluso la esperanza. No estaba segura de poder lidiar con mamá cuando todo lo que me quedaba era rabia.

Pero había vuelto a mi hogar, donde podía recargar pilas hasta que me recuperara por completo.

«Recargar». Eso era exactamente lo que necesitaba antes de ver a mamá. Crucé la calle, hacia The Sidetable, la tienda que mi bisabuela ayudó a abrir con una de sus amigas más cercanas. Según el testamento que había dejado, ahora yo era la socia silenciosa. Era... todo.

Sentí una presión en el pecho al ver el letrero de venta en lo que había sido la tienda de mascotas del señor Navarro. Hacía un año que Gran me había enterado de su muerte y era un inmueble excelente en la calle Main. ¿Por qué no lo había adquirido otro negocio? ¿Poplar Grove tenía problemas? Esa posibilidad me revolvió el estómago cuando entré a la librería.

Olía a pergamino y a té, mezclado con olor a polvo y hogar. Durante el tiempo que viví en Nueva York, nunca encontré nada similar a ese aroma reconfortante en ninguna cadena de tiendas, el dolor llenó mis ojos de lágrimas al respirarlo de nuevo. Hacía seis meses que Gran había muerto y la extrañaba mucho; sentía que mi pecho se colapsaría por el hueco que había dejado.

—¿Georgia? —La señora Rivera quedó boquiabierta un segundo y luego sonrió desde atrás del mostrador, mientras sostenía su teléfono entre la oreja y el hombro—. Espera un segundo, Peggy.

—Hola, señora Rivera —saludé con una sonrisa y un gesto con la mano al ver su rostro acogedor y familiar—. No cuelgue por mí, solo estoy de paso.

—¡Qué maravilla verte! —Volteó a ver al teléfono—. No, no tú, Peggy. ¡Georgia acaba de entrar! —Sus ojos castaños se encontraron con los míos—. Sí, «esa» Georgia.

Volví a agitar la mano mientras ellas continuaban su conversación, luego me dirigí a la sección de novelas románticas, donde la bisabuela tenía un montón de estantes completos dedicados a los libros que había escrito. Tomé la última novela que publicó y desplegué la sobrecubierta para poder ver su rostro. Teníamos los mismos ojos azules, pero había dejado de teñirse de negro el cabello en su cumpleaños número setenta y cinco, un año después de que mamá me abandonara frente a su puerta la primera vez.

En la fotografía, Gran llevaba perlas y una blusa de seda, aunque la mujer real siempre se vestía de overoles sucios por trabajar en el jardín, y con un sombrero para el sol lo suficientemente amplio como para dar sombra a todo el condado. Sin embargo, su sonrisa era la misma. Tomé otro libro, anterior, para ver una segunda versión de esa sonrisa.

Sonó la campanilla de la puerta y, un momento después, un hombre que hablaba por celular empezó a buscar en el pasillo de ficción general, justo detrás de mí.

—«Una Jane Austen contemporánea» —murmuré la cita de la portada. Siempre me sorprendió que la bisabuela tuviera el alma más romántica que yo hubiera conocido, y que, no obstante, pasara la gran mayoría de su vida sola, escribiendo libros sobre el amor cuando solo pudo vivirlo unos cuantos años. Aun cuando después se volvió a casar, entonces con el bisabuelo Brian, solo tuvieron una década juntos antes de que el cáncer se lo llevara. Quizá las mujeres de mi familia estaban malditas cuando se trataba de su vida amorosa.

—¿Qué demonios es esto? —tronó la voz del hombre.

Arqué las cejas y miré sobre mi hombro. Tenía en la mano un libro de Noah Harrison en el que, oh sorpresa, se apreciaban dos figuras humanas en la clásica posición de casi besarse.

—Porque no estaba revisando mi correo electrónico en medio de los Andes, así que sí, es la primera vez que veo el nuevo.

El tipo, evidentemente furioso, sacó otro libro de Harrison y lo sostuvo al lado del primero. Dos parejas distintas exactamente en la misma postura.

Sin duda me quedaría con mi selección o con cualquier cosa en esta sección.

—Se ven idénticas, ese es el problema. El problema con la anterior... ¡Sí, estoy enojado! Llevo dieciocho horas viajando y, por si ya lo olvidaste, tuve que cancelar mi viaje de investigación por estar aquí. Te estoy diciendo que son «exactamente» iguales. Espera, te lo voy a probar. ¿Señorita?

—¿Sí?

Giré un poco, alcé la mirada y encontré, justo frente a mí, dos portadas de libros. «Adiós al espacio personal», pensé.

—¿Le parecen iguales?

—Sí. Bastante similares.

En su lugar puse en el estante uno de los libros de Gran y en mi mente murmuré un adiós, como hacía cada vez que visitaba uno de sus libros en alguna tienda. ¿Extrañarla alguna vez sería más fácil?

—¿Lo ves? ¡Porque se supone que no deben ser iguales!
—reclamó el tipo.

Por suerte, le hablaba así a la pobre persona con la que hablaba por teléfono, porque si hubiera usado ese tono conmigo, habría problemas.

—Bueno, en su defensa, todos sus libros también dicen lo mismo —masculé.

«Mierda». El comentario se me escapó antes de que pudiera evitarlo. Supongo que mi filtro estaba igual de anestesiado que mis emociones.

—Perdón... —agregué volteando hacia él y levantando la mirada hasta encontrarme con sus dos cejas oscuras arqueadas por el asombro sobre un par de ojos igual de oscuros. «¡Guau!».

Mi corazón estropeado dio un vuelco, igual que el de todas las heroínas en los libros de mi bisabuela. Era el hombre más apuesto que jamás había visto en mi vida, y como la ahora exesposa de un director de cine, había visto bastantes.

«No, no, no. Eres inmune a los hombres guapos», me advirtió el hemisferio lógico de mi cerebro, pero estaba demasiado ocupada mirándolo como para escuchar.

—No leen el... —Parpadeó—. Te llamo más tarde.

Pasó ambos libros a una mano, colgó y metió el teléfono en su bolsillo.

Parecía de mi edad, veintimuchos o treinta y pocos; medía al menos uno ochenta, y su cabello negro, como si acabara de levantarse, caía descuidado sobre su piel bronceada color olivo, sin llegar hasta esas cejas negras y arqueadas y sus ojos castaños increíblemente profundos. Tenía la nariz recta, los labios dibujados en contornos exuberantes que solo servían para recordarme con claridad cuánto tiempo hacía que nadie me besaba; su mentón estaba oscurecido por una barba incipiente. Todos sus rasgos eran angulares, esculpidos y, por los músculos flexibles de sus antebrazos, hubiera apostado la librería a que estaba familiarizado con el interior de un gimnasio... y probablemente con el de una recámara.

—¿Acaba de decir que todos sus libros son iguales? —preguntó con lentitud.

Parpadeé. «Cierto. Los libros». Me di una bofetada mental por haber perdido el hilo por una cara bonita. Apenas había

recuperado mi apellido veinte minutos atrás, y los hombres estaban fuera del menú en el futuro predecible. Además, él ni siquiera era de por aquí. Dieciocho horas de viaje o no, era evidente que su pantalón de vestir hecho a la medida era de diseñador, y las mangas de su camisa de lino blanco estaban remangadas en ese estilo informal y despreocupado que era todo menos descuidado. Los hombres de Poplar Grove no se molestaban en comprar pantalones de mil dólares ni tenían acento neoyorquino.

—Mucho. El chico conoce a la chica, se enamoran, viven una tragedia, alguien muere. —Me encogí de hombros, orgullosa de no sentir que el calor subía a mis mejillas, delatándome—. Agreguemos un poco de dramatismo legal en los tribunales, un poco de sexo insatisfactorio, aunque poético, quizá una escena de playa y eso es todo. Si es lo que le gusta, no puede equivocarse con ninguno de los libros.

—¿Insatisfactorio? —Frunció el ceño, miró ambos volúmenes y luego a mí—. No siempre muere alguien.

Supuse que había leído uno o dos libros de Harrison.

—Okey, el ochenta por ciento de las veces. Ande, véalo por usted mismo —sugerí—. Esa es la razón por la que están en ese lado —expliqué señalando el letrero que rezaba ficción general— y no en este —agregué moviendo el índice hacia el letrero de novela romántica.

Quedó boquiabierto un segundo.

—O quizá sus historias son más que sexo y expectativas ingenuas.

Su atractivo disminuyó cuando me dijo a la cara una de las cosas que más me fastidiaban.

Se me pusieron los pelos de punta.

—El romance no se trata de expectativas ingenuas y sexo. Trata de amor y de superar la adversidad mediante lo que se puede considerar una experiencia universal.

Eso era lo que Gran y la lectura de miles de novelas románticas me habían enseñado en mis veintiocho años.

—Y, al parecer, sexo satisfactorio —dijo alzando una ceja.

Hice un gran esfuerzo para no sonrojarme por la manera en la que sus labios parecían acariciar esa palabra.

—¡Ey! Si no le gusta el sexo o si se siente incómodo con una mujer que asume su sexualidad, entonces eso sí dice más sobre usted que sobre el género literario, ¿no cree? —Incliné la cabeza hacia un lado—. ¿O no está de acuerdo con los finales felices?

—Estoy totalmente a favor del sexo, de que las mujeres asuman su sexualidad y de los finales felices. —Su voz se convirtió en un gruñido.

—Entonces, definitivamente esos no son los libros para usted pues lo único que adoptan es la miseria universal, pero si es eso lo que le gusta, disfrútelo.

«No es la manera de dejar atrás a la Reina de Hielo», pensé. Ahí estaba yo, discutiendo con un completo desconocido en una librería.

Él negó con la cabeza.

—Son historias de amor. Aquí lo dice.

Levantó uno de los ejemplares que, por casualidad, tenía una cita de Gran. «La» cita. La que el editor le rogó a mi bisabuela escribir, hasta que cedió; al final, ellos tuvieron que conformarse con lo que ella redactó.

—«Nadie escribe historias de amor como Noah Harrison» —leí en voz alta; una sonrisa curvó mis labios.

—Yo diría que Scarlett Stanton es una autora de novelas románticas muy respetada, ¿no lo cree usted? —Una sexi sonrisa se formó en su rostro letalmente—. Si ella dice que es una historia de amor, entonces es una historia de amor.

¿Cómo alguien tan devastadoramente apuesto podía sacarme tanto de mis casillas?

—Yo diría que Scarlett Stanton fue la autora de novelas románticas más respetada de su generación.

Sacudí la cabeza, acomodé el otro libro de Gran en su lugar y di media vuelta para alejarme antes de perder la compostura con este tipo que usaba el nombre de mi bisabuela como si supiera algo de ella.

—Entonces es seguro considerar su recomendación, ¿cierto? Si un hombre quiere leer una historia de amor. ¿O será que solo aprueba las historias de amor escritas por mujeres? —agregó al darme la espalda.

«¿Es en serio?». Di media vuelta al final del pasillo, mi mal genio me estaba dominando cuando me enfrenté a él.

—Lo que no ve en esa cita es el resto.

—¿Qué quiere decir? —Se dibujaron dos arrugas entre sus cejas.

—Esa no era la cita original.

Miré al techo tratando de recordar sus palabras exactas. «¿Cómo era? “Nadie escribe una ficción dolorosa y depresiva, disfrazada de historia de amor, como Noah Harrison”. El editor la modificó para la publicidad». Pero eso era ir demasiado lejos. Casi podía escuchar la voz de mi bisabuela en mi cabeza.

—¿Qué?

Debió de ser la manera en la que cambió bajo las luces fluorescentes, pero me pareció que palidecía.

—Mire, sucede todo el tiempo. —Lancé un suspiro—. No estoy segura de que se haya dado cuenta, pero aquí en Poplar Grove todos conocíamos muy bien a Scarlett Stanton, y no era alguien que se guardara sus opiniones.

«Supongo que es genético».

—Si recuerdo bien —continué—, sí dijo que tenía talento para la descripción y que disfrutaba... las aliteraciones. —Eso

fue lo más amable que dijo—. No estaba en contra de su narrativa, solo de sus historias.

Un músculo de su mandíbula se estremeció.

—Pues a mí me gusta la aliteración en las historias de amor. —Empezó a alejarse con ambos libros hacia la caja—. Gracias por la recomendación, señorita...

—Ellsworth —respondí enseguida, haciendo un pequeño gesto cuando la palabra escapó de mis labios; «ya no»—. Disfrute sus libros, señor...

—Morelli.

Asentí y me marché, sintiendo que me seguía con la mirada mientras la señora Rivera registraba sus libros en la caja.

Y yo lo único que quería era un poco de paz. ¿Qué fue lo peor de toda esa discusión? Quizá él tenía razón y los libros que la bisabuela escribió eran poco realistas. La única persona que conocí que tuvo un final feliz fue mi mejor amiga, Hazel, y tan solo llevaba cinco años de matrimonio; era difícil dar un veredicto.

Cinco minutos después llegué a nuestra calle y pasé por la cabaña Grantheam, la más cercana de las propiedades en renta de la abuela. Parecía vacía, por primera vez desde... siempre. Como solo estaba a media hora de Breckenridge, las propiedades nunca estaban solas por mucho tiempo en esta zona.

«Mierda. Olvidaste ponerte de acuerdo con el agente inmobiliario». Era probable que fuera una de las docenas de correos de voz que no escuché, o quizá uno de los mil correos electrónicos que no leí. Por lo menos el buzón de voz había dejado de aceptar nuevos mensajes, pero los correos se seguían acumulando. Necesitaba reponerme. Al resto del mundo no le importaba que Damian me hubiera roto el corazón.

Me estacioné frente a la entrada de la casa en la que crecí. Al fondo del sendero semicircular había un coche rentado.

«Mamá debe estar aquí». El constante agotamiento aumentó y me inundó.

Dejé las maletas para más tarde, pero tomé mi bolso y me dirigí a la puerta principal de la casa colonial de setenta años de antigüedad. «Faltan las flores». Aquí y allá florecían plantas perennes, todas un poco secas, pero faltaban las manchas de colores brillantes en los macizos que acostumbraban bordear la entrada en esta época del año.

Los últimos años que Gran estuvo demasiado débil para estar largo tiempo de rodillas, venía a ayudarla a plantar. Damian no me extrañaba... aunque ahora sabía por qué.

—¿Hola? —saludé al entrar al vestíbulo.

Sentí un nudo en el estómago con el olor a ceniza que impregnaba el ambiente. ¿Fumaron en la casa de Gran? Parecía que no habían limpiado el piso de madera desde el invierno; sobre la mesa del recibidor había una gruesa capa de polvo. A la bisabuela le hubiera dado un infarto si viera su casa así. ¿Qué pasó con Lydia? Le pedí a la contadora de Gran que conservara al ama de llaves en la nómina.

Se abrieron las puertas de la sala y mamá salió; llevaba un atuendo elegante. Su sonrisa deslumbrante se esfumó al verme, pero de inmediato volvió a sonreír.

—¡Gigi!

Abrió los brazos y me dio un abrazo de dos segundos con una palmadita en la espalda, algo que definía muy bien nuestra relación. Dios mío, odiaba ese apodo.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí? —pregunté con amabilidad; no quería deprimirla.

Ella se tensó y se apartó. Su sonrisa vaciló.

—Bueno... te he estado esperando, cariño. Sé que para ti fue muy difícil perder a Gran, y ahora perdiste a tu marido; imaginé que quizá necesitarías un lugar tranquilo para serenarte. —Su

expresión emanaba simpatía al mirarme de arriba abajo; puso las manos suavemente sobre mis hombros y terminó su escrutinio levantando las cejas—. Definitivamente te ves desconsolada. Sé que ahora es difícil, pero te juro que la próxima vez será más fácil.

—No quiero que haya una próxima vez —admití en voz baja.

—Nunca queremos.

Su mirada se suavizó como nunca.

Dejé caer los hombros; las gruesas defensas que había construido a lo largo de los años se resquebrajaron. Quizá mamá le había dado vuelta a la página y empezaba un nuevo capítulo. Hacía años que no pasábamos un tiempo verdaderamente juntas y tal vez habíamos llegado a un punto en el que podríamos...

—¿Georgia? —preguntó un hombre por la abertura de las puertas francesas—. ¿Él ya está aquí?

Me quedé atónita.

—Christopher, ¿me das un segundo? Mi hija acaba de llegar a casa.

Mamá le lanzó una sonrisa absolutamente encantadora que hubiera cautivado a sus primeros cuatro maridos, luego tomó mi mano y me jaló a la cocina antes de que yo pudiera echar un vistazo a la sala.

—Mamá, ¿qué está pasando? Y no te molestes en mentirme. Por favor, sé honesta.

Titubeó, haciéndome recordar que su capacidad para cambiar planes sobre la marcha solo era desplazada por su incapacidad emocional: en ambos rubros destacaba.

—Estoy cerrando un negocio —dijo despacio, como si estuviera considerando sus palabras—. Nada de qué preocuparse, Gigi.

—No me llames así, sabes que lo odio.

Gigi era una niña que pasaba demasiado tiempo mirando por la ventana los faros traseros de los coches; yo ya había crecido.

—¿Un negocio? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Todo surgió mientras esperaba que llegaras a casa. ¿Es tan difícil de creer? Demándame por tratar de ser una buena madre.

Alzó la barbilla y parpadeó rápidamente; apretó los labios como si la hubiera lastimado. No le creía nada.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Algo aquí no estaba bien.

—Todos saben tu nombre, gracias a Damian. —Tragó saliva y se ajustó su perfecto chongo francés color ébano. Estaba mintiendo—. Sé que estás dolida, pero en verdad creo que hay una posibilidad de que puedas recuperar a tu marido si jugamos bien nuestras cartas.

Estaba tratando de distraerme. Pasé a su lado y me dirigí a la sala con una sonrisa. Dos hombres se pusieron de pie de un salto. Ambos iban de traje, pero el que se había asomado por la puerta parecía tener unos buenos veinte años más que el otro.

—Disculpen la impertinencia. Soy Georgia Ells... —«Cara-jo». Me aclaré la garganta—. Georgia Stanton.

—¿Georgia? —repitió el más viejo al tiempo que palidecía—. Christopher Charles —dijo lentamente, lanzando una mirada hacia la puerta por la que entraba mi madre.

Reconocí su nombre: el editor de Gran. Él era el director editorial cuando ella publicó su último libro hace como diez años, cuando tenía noventa.

—Adam Feinhold. Gusto en conocerla, señora Stanton —Se presentó el más joven.

Ambos adquirieron un tono definitivamente ceniciento cuando nos miraron a mi madre y a mí de forma alternativa.

—Y ahora que todos se presentaron, Gigi, ¿tienes sed? Te voy a preparar algo —sentenció mamá apresurándose hacia mí con la mano extendida.

La ignoré y me senté en el gran sillón capitonado que estaba en una posición dominante en la disposición de los asientos y me hundí en su familiar comodidad.

—¿Y qué es exactamente lo que hace el editor de mi bisabuela en Poplar Grove, Colorado?

—Están aquí para hablar del negocio de un libro, por supuesto —respondió mamá al tiempo que se sentaba al borde del sofá más cercano a mí y se alisaba el vestido.

—¿Qué libro? —le pregunté a Christopher y a Adam directamente.

Mamá tenía muchos talentos, pero escribir no era uno de ellos; yo había visto suficientes acuerdos en la industria editorial como para saber que los editores no tomaban aviones solo por diversión.

Christopher y Adam se miraron, confundidos, por lo que repetí mi pregunta.

—¿Qué libro?

—Me parece que no tiene título —respondió Christopher con cautela.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Hasta donde yo sabía, existía un solo libro que Gran no tituló ni vendió. «Mamá no se atrevería... ¿o sí?».

Él tragó saliva y volteó a ver a mi madre.

—Estamos terminando de firmar unos documentos y nos llevaremos el manuscrito. Como bien sabe, a Scarlett no le gustaban las computadoras y no quisimos arriesgar algo tan valioso como el único original y dejarlo a la suerte de los dioses de paquetería.

Compartieron una risa incómoda y mamá los imitó.

—¿Qué libro?

Esta vez la pregunta iba dirigida a mi mamá; sentía el estómago revuelto.

—Su primero... y último. —La súplica en su mirada era inconfundible y odié la manera en que se las arreglaba para partirme el corazón—. El libro sobre el abuelo Jameson.

Estuve a punto de vomitar ahí mismo, sobre el tapete persa que Gran amaba.

—No está terminado.

—Por supuesto que no, querida. Pero me aseguré de que contrataran al mejor de los mejores para que lo acabara —explicó mamá con un tono meloso que no ayudó a calmar mis náuseas—. ¿No crees que la abuela Scarlett hubiera querido que se publicaran sus últimas palabras?

Me lanzó «la sonrisa», la que a los desconocidos les parecía abierta y bien intencionada, pero que era pura amenaza de un castigo privado si me atrevía a avergonzarla en público.

Me había enseñado tan bien que yo le sonreí igual.

—Creo que si Gran hubiera querido que ese libro se publicara, hubiera terminado de escribirlo, mamá.

¿Cómo se atrevía a hacer esto? ¿Cerrar un trato por ese libro a mis espaldas?

—No estoy de acuerdo —contrarió levantando las cejas—. Dijo que ese libro era su legado, Gigi. Nunca pudo dominar sus emociones para terminarlo y me parece que lo adecuado es que lo hagamos por ella. ¿No crees?

—No. Y puesto que yo soy la única beneficiaria en su testamento, la albacea de su fideicomiso literario, lo único que importa es lo que yo pienso.

Puse las cartas sobre la mesa con la más mínima emoción de la que fui capaz.

Dejó de fingir y me miró con asombro.

—Georgia, sin duda no vas a negar...

—¿Las dos se llaman Georgia? —preguntó Adam con una voz que se agudizó.

Parpadeé conforme las piezas empezaron a encajar y lancé una carcajada.

—Esto es ridículo.

No solo estaba haciendo un trato a mis espaldas, estaba usurpando mi identidad.

—Gigi... —suplicó mamá.

—¿Ella les dijo que era Georgia Stanton? —pregunté, poniendo toda mi atención en los hombres trajeados.

—Ellsworth, pero sí —asintió Christopher, quien se ruborizó al entender.

—No lo es. Ella es Ava Stanton-Thomas-Brown-O'Malley... ¿o sigues siendo Nelson? No recuerdo si te lo volviste a cambiar —dije mirándola con las cejas arqueadas.

Mamá se puso de pie de un salto y exclamó:

—A la cocina. Ahora.

—Si nos disculpan un momento —pausé lanzando una rápida sonrisa a los ingenuos editores y me dirigí a la cocina; necesitaba escuchar su explicación.

—¡No me vas a arruinar esto! —siseó cuando llegamos a la habitación en la que Gran cocinaba todos los sábados.

Sobre la barra había platos desperdigados, y un olor a comida echada a perder impregnaba el aire.

—¿Qué pasó con Lydia? —pregunté señalando el desorden.

—La corrí. Era una metiche —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Hace cuánto que vives aquí?

—Desde el funeral. Te estaba esperando...

—No mientas. Despediste a Lydia porque sabías que me diría que buscabas el libro. —Por mis venas corrió una rabia que me tensó la mandíbula—. ¿Cómo pudiste?

Sus hombros se desplomaron.

—Gigi...

—Odio ese apodo desde que tengo ocho años. Te lo repito: no me llames así —exijo—. ¿En verdad creíste que te saldrías con la tuya al hacerte pasar por mí? ¡Tienen abogados, mamá! En algún momento hubieras tenido que darles una identificación.

—Pues estaba funcionando hasta que llegaste.

—¿Y Helen? —me burlé—. Dime que no ofreciste el manuscrito sin considerar a la agente de Gran.

—Iba a llamarla tan pronto como hicieran una oferta oficial. Te lo prometo, solo están aquí para llevarse el libro y leerlo con cuidado.

Sacudí la cabeza ante su absoluta... ni siquiera tenía la palabra para describirlo.

Lanzó un suspiro como si fuera yo quien le había roto el corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, Georgia. Estaba desesperada. Por favor, haz esto por mí. El adelanto me ayudará a recuperarme...

—¿En serio? —La fulminé con la mirada—. ¿Todo esto es por dinero?

—¡En serio! —Azotó las palmas sobre la barra de granito—. Mi propia abuela me sacó de su testamento para ponerte a ti. ¡Tú tienes todo y a mí me dejó sin nada!

Las fracciones desprotegidas de mi corazón se llenaron de culpa, las pequeñas esquivas que vivían en negación y que nunca comprendieron el mensaje de que no todas las madres querían ser mamás, y que la mía era una de ellas. Gran la había sacado del testamento, pero no fue por mí.

—No hay nada que pueda darte, mamá. Ella nunca terminó el libro y sabes por qué. Dijo que solo lo había escrito para la familia.

—¡Lo escribió para mi padre! ¡Y yo soy familia! Por favor, Georgia. —Hizo un ademán para señalar a nuestro alrededor—. Tú tienes todo esto. Dame una sola cosa y te juro que lo compartiré contigo.

—No se trata del dinero.

Ni siquiera yo había leído el libro, ¿y ella quería entregarlo?

—Eso dice la mujer que tiene millones.

Sujeté el borde de la barra de la isla de la cocina y respiré varias veces profundamente, tratando de estabilizar mi corazón, de darle sentido a una situación que no lo tenía. ¿Yo poseía estabilidad financiera? Sí. Pero los millones de Gran estaban reservados para obras de beneficencia, de acuerdo con lo que ella estipuló, y mamá no era un caso de caridad.

Pero sí era mi único familiar vivo.

—Por favor, cariño. solo escucha los términos de la oferta. Es todo lo que te pido. ¿No puedes darme al menos eso? —Su voz vaciló—. Tim me abandonó. Estoy... en bancarrota.

Su confesión golpeó mi alma recién divorciada. Nuestros ojos se encontraron, tonos idénticos de lo que Gran había llamado el «azul Stanton». Ella era todo lo que yo tenía, y no importaba cuántos años o terapeutas hubieran ido y venido, nunca pude deshacerme de las ganas de complacerla para probar que yo valía la pena.

Sin embargo, nunca imaginé que el dinero fuera el catalizador, aunque esa era una prueba de su personalidad, no de la mía.

—Solo escucharé.

—Es todo lo que te pido. —Mamá asintió con una sonrisa agradecida—. En serio me quedé por ti —murmuró—. Encontré el libro por casualidad.

—Vamos.

«Antes de que empiece a creerte», pensé.

Los hombres parecían desesperados mientras trataban de explicar los términos que le habían ofrecido a mi madre. Lo podía ver en sus ojos: sabían que la mina de oro que representaba el último libro de Scarlett Stanton se les escapaba de las manos pues, en realidad, nunca lo habían tenido.

—Tengo que llamar a Helen. Estoy segura de que recuerdan a la agente de mi bisabuela —dije cuando acabaron de hablar—. Y los derechos cinematográficos no están a discusión; saben qué era lo que ella pensaba del tema.

Gran odiaba las adaptaciones cinematográficas.

El rostro de Christopher se tensó.

—¿Y dónde está Ann Lowell?

Ella había sido la editora de Gran durante más de veinte años.

—Se jubiló el año pasado —respondió Christopher—. Adam es el mejor editor que tenemos y trajo a su mejor escritor para que terminara lo que, según nos han dicho, ¿será un tercio del libro? —agregó volteando a ver a mi mamá.

Ella asintió. ¿Lo había leído? Un gusto amargo de celos cubrió mi lengua.

—Es el mejor —dijo Adam con efusión y mirando su reloj—. Millones de ventas, una pluma fenomenal, aclamado por la crítica y, lo mejor de todo, un acérrimo admirador de Scarlett Stanton. Ha leído todo lo que ella escribió al menos dos veces y se comprometió los siguientes seis meses en este proyecto para poder avanzar más rápido.

Luego, me lanzó una sonrisa tranquilizadora que no logró su cometido.

Entrecerré los ojos.

—¿Contrató a un hombre para terminar el libro de mi bisabuela?

Adam tragó saliva.

—En verdad es el mejor, lo juro. Y su mamá quería entrevistarse con él para asegurarse de que era la elección correcta, por eso está aquí.

Parpadeé, sorprendida de que mi madre hubiera sido tan meticulosa, y en verdad asombrada de que el escritor... «No».

—No recuerdo cuándo fue la última vez que él tuvo que presentarse para convencer a alguien —se sinceró Christopher con una risa.

Mis pensamientos cayeron como una fila de fichas de dominó. «Imposible».

—¿Está aquí ahora? —preguntó mamá mirando hacia la puerta y alisándose la falda.

—Acaba de estacionarse —indicó Adam señalando su Apple Watch.

—Georgia, quédate sentada. Yo recibiré a nuestro invitado.

Mamá se levantó de la silla y se apresuró a la puerta, dejándonos a los tres en un silencio incómodo que solo rompía el tictac del reloj.

—Conocí a su esposo en una gala el año pasado —agregó Christopher con una sonrisa apretada.

—Exesposo —lo corregí.

—Cierto. —Hizo un gesto—. Me pareció que sobreestimaron su última película.

Todas las películas que Damian había dirigido, salvo la de Gran, estaban sobrevaloradas, pero no entraría en el tema.

Una carcajada profunda y estruendosa estalló en el recibidor y se me pusieron los pelos de punta.

—¡Aquí está! —anunció mi madre con alegría al tiempo que abría las puertas de la sala.

Me puse de pie cuando él entró con mi madre y de alguna manera pude conservar el equilibrio cuando lo vi.

Su sonrisa coqueta se borró y me miró como si hubiera visto a un fantasma.

Mi corazón se desplomó.

—Georgia Stanton, le presento a... —empezó a decir Christopher.

—Noah Harrison, supongo.

Noah, el desconocido de la librería, asintió.

No me importaba lo inhumana la apariencia que fuera ese hombre; la única forma en la que podría poner sus manos en el libro de Gran era sobre mi cadáver.